



Conferencia Episcopal de El Salvador

COMUNICADO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE EL SALVADOR ANTE LA CRISIS PROVOCADA POR LA PANDEMIA DEL COVID-19

“Les pido algo que me llenará de alegría: tengan un mismo amor, un mismo espíritu, un único sentir (Fil 2,2)

“Este es el pensamiento fundamental de mi predicación: nada me importa tanto como la vida humana. Es algo tan serio y tan profundo, más que la violación de cualquier otro derecho humano, porque es vida de los hijos de Dios y porque esa sangre no hace sino negar el amor, despertar nuevos odios, hacer imposible la reconciliación y la paz” (Monseñor Romero, Homilía 16 de marzo de 1980).

1. “Nada importa tanto como la vida humana”

Una semana antes de su martirio, Monseñor Romero hizo esta síntesis de su misión como pastor de nuestra Iglesia. Sus palabras mantienen toda su actualidad en este momento de dura prueba por el ataque inmisericorde del COVID-19.

Porque a la Iglesia nada le importa tanto como la vida humana, denunció durante los años de la guerra los atropellos a la dignidad de la persona humana y anunció sin descanso el plan del Padre: reconciliar a los hombres con Dios y entre sí.

Han pasado cuarenta años del martirio del pastor y el coronavirus nos ha puesto a prueba, dejando en evidencia cuánto nos falta como país para conseguir una vida digna para cada ciudadano.

Afortunadamente, parece que nos acercamos al final de los dolorosos días del confinamiento con motivo del virus COVID-19 y estamos ansiosos por volver cuanto antes a una relativa normalidad; es relativa porque estamos conscientes de que, después de esta pandemia, nuestra vida ya no será como antes. Ya no será como antes, sobre todo para los miembros más débiles del pueblo salvadoreño. Los despidos, el desempleo, el hambre, la falta de trabajo amenazan a muchos de nuestros compatriotas. Por eso es imperativo comprometerse para que nadie se quede al margen de la vida nacional. Es una tarea muy ardua para nuestros dirigentes, para la empresa privada y para todos nosotros. Por eso urge cultivar un auténtico espíritu de solidaridad. Todos estamos en el mismo barco; tenemos que salvarnos juntos.

.../2

2. De la Iglesia doméstica a la Iglesia de Pentecostés

El 3 de mayo, domingo del Buen Pastor, les dirigimos un mensaje en el que destacábamos la hermosa experiencia de fe que muchas familias estaban viviendo: la de ser una “Iglesia doméstica”. Ahora nos toca experimentar la consoladora realidad de la “Iglesia de Pentecostés”, que se lanza por los caminos del mundo. El Papa Francisco la describió con particular belleza en su homilía del Cenáculo:

“Aquí, donde Jesús consumó la Última Cena con los Apóstoles; donde, resucitado, se apareció en medio de ellos; donde el Espíritu Santo descendió abundantemente sobre María y los discípulos. Aquí nació la Iglesia, y nació en salida. Desde aquí salió, con el Pan partido entre las manos, las llagas de Jesús en los ojos, y el Espíritu de amor en el corazón”.

“En el Cenáculo, Jesús resucitado, enviado por el Padre, comunicó su mismo Espíritu a los Apóstoles y con esta fuerza los envió a renovar la faz de la tierra” (homilía, 26 de mayo 2014).

En vísperas de Pentecostés hemos recibido la alegre noticia del decreto de reconocimiento del martirio del humilde fraile franciscano, Padre Cosme Spessotto. Es una gracia que anima a los fieles, y les invita a perseverar en la oración y la caridad, en esta situación crítica de pandemia.

Esta es la Iglesia que Jesús nos entregó, “bella, sin mancha ni arruga”, pueblo de Dios en marcha hacia la tierra prometida. Una Iglesia que sigue produciendo frutos de santidad. Nos congratulamos con la orden franciscana y con la diócesis de Zacatecoluca por esta gracia tan especial.

En tiempos de crisis es cuando las mejores actitudes de las personas buenas, han transformado la historia y renovado la faz de la tierra. Hemos visto la acción del Espíritu de Dios en la historia, a través de las personas. Felicitamos la actitud del personal médico y sanitario que con tanto heroísmo atienden a los enfermos, luchando contra el coronavirus. Felicitamos todos los esfuerzos que se hacen también para ayudar a nuestros hermanos más pobres, la preocupación por el hermano de al lado, el cuidado de los ancianos y los niños. Nos complace constatar la fe de estas personas y la actitud de un pueblo orante que clama a Dios y se esfuerza por hacer la voluntad del Señor.

De la misma manera agradecemos el esfuerzo de nuestros sacerdotes, que brindan apoyo pastoral, en el marco de la pandemia. Animamos a los seminaristas a que realicen su mejor esfuerzo para formarse con ese espíritu de respuesta a las necesidades del pueblo. Debemos irnos preparando para cuando reabramos el culto en los templos, con la presencia de los fieles. En su momento les daremos a conocer los detalles pertinentes. Mientras tanto, exhortamos a todos los fieles, a vivir su fe intensamente, dando respuesta a las necesidades del momento de prueba que

vivimos, confiando en Dios y actuando en favor de nuestros hermanos más necesitados.

3. CONCLUSIÓN: “Todos los oían hablar en el mismo idioma” (Hch 10,46)

Queridos hermanos y hermanas: les escribimos en la solemnidad de Pentecostés, cuando celebramos con gozo la venida del Espíritu Santo sobre la Virgen María y los apóstoles. Pentecostés es la fiesta de la Iglesia; hoy conmemoramos el hecho grandioso de que, después de la muerte y resurrección de Jesucristo, salió con valentía a anunciar a Jesucristo.

La Iglesia comenzó en las casas y de allí pasó a los templos. Durante este tiempo de pandemia hemos vivido la fuerte experiencia de la Iglesia doméstica y hemos añorado el momento de podernos reunir en comunidad para celebrar la fracción del pan, orar unos por otros y animarnos mutuamente para continuar la misión de Jesucristo en profunda comunión. Esta comunión es un don del Espíritu Santo. La Iglesia es comunión para la misión.


Lo contrario de la comunión es la experiencia de la Torre de Babel; y esta es la experiencia a la que hemos asistido, impotentes, en el conflicto interminable que se ha dado sobre todo entre el Poder Ejecutivo y la Asamblea Legislativa.

Haciendo eco al sentir de nuestro pueblo, elevamos nuestra voz para hacer un llamado a las Autoridades del Estado, tanto del poder Ejecutivo, como el Legislativo y Judicial al diálogo. Diálogo que debe ser sincero, abierto y corresponsable, que posibilite efectivamente tomar las mejores decisiones en su compromiso de hacer frente a esta gran crisis nacional, en favor de la vida del pueblo, principalmente de los más pobres y vulnerables.


“Todos los oían hablar en su propia lengua”, leemos en los Hechos de los Apóstoles. Pidamos esa gracia para los dirigentes de nuestro país y para todos nosotros. De esta manera seremos un solo pueblo que busca vivir en paz, en fraternidad y en unidad.

Pedimos a Dios nos conceda a todos su Santo Espíritu, que transforme nuestros corazones, y salve a nuestra nación, lo suplicamos por intercesión de la Reina de la Paz y nuestros Mártires.

Dado en San Salvador, el día 31 de mayo, solemnidad de Pentecostés, de 2020

+ 
Mons. José Luis Escobar Alas
Presidente de la CEDES
Arzobispo de San Salvador



+ 
Mons. Efraim Samuel Bolaños A., sdb
Vicepresidente de la CEDES
Obispo de Zacatecoluca



Mons. William Ernesto Iraheta Rivera
Secretario General de la CEDES
Obispo de Santiago de María



Mons. Oswaldo Estéfano Escobar A., ocd
Ecónomo de la CEDES
Obispo de Chalatenango



Cardenal Gregorio Rosa Chávez
Obispo Auxiliar de San Salvador



Mons. Miguel Ángel Morán Aquino
Obispo de Santa Ana



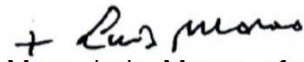
Mons. Fabio Reynaldo Colindres A.
Obispo de San Miguel



Mons. José Elías Rauda Gutiérrez, ofm
Obispo de San Vicente



Mons. Constantino Barrera Morales
Obispo del Sonsonate



Mons. Luis Morao, ofm
Obispo Emérito de Chalatenango



Pbro. Francisco Javier Morán Martínez
Administrador Diocesano
Diócesis Castrense